

María Grande Prada

ALLÍ, DONDE ACABABA ORIENTE

Cómo avanzar por un camino que ni siquiera puede ver; hay momentos en los que se pregunta si sus pasos le guían al lugar o a la situación indicados. Es extraño, pero él no tiene esperanza; sus ojos, oscuros y vidriosos, han visto demasiado y ahora, dicen muy poco. Tiene una forma forzosa de cerrar los labios, como si los apretase más de lo normal, formando una mueca extraña e incluso sospechosa, casi como si temiese que de su boca saliese un secreto inconfesable. Su cabello blanco y sucio cae sobre sus hombros desordenadamente y anda escuálido, torcido y encogido sobre sí mismo; su rostro se ve consumido, arrugado por un tiempo inimaginable, y solo la fuerza de su mandíbula al cerrar los labios muestran un atisbo de la rudeza que antaño caracterizaba a su expresión, ahora desencajada y sin nombre. Sus manos caen abiertas bajo sus brazos, rendidas, parece como si tuvieran vida propia, como si las extremidades de su cuerpo no formaran parte de él en realidad, y estuviesen allí, solo porque allí es donde se supone que deberían estar.

Avanzaba así, siendo el reflejo de la tortura más cruel representada en el cuerpo de un hombre; a simple vista uno no podría entender jamás qué era lo que le causaba tal agonía, a simple vista solo era un hombre acabado, que caminaba lentamente y sin rumbo hacia lo desconocido, sin saber ni siquiera por qué seguía escuchando el ruido de sus pasos, por qué no simplemente, se rendía y cerraba los ojos para nunca más volver a abrirlos. A simple vista, uno no puede escuchar los gritos de terror de una mujer en su cabeza, los sollozos infantiles y las bombas en el exterior de su casa; uno no puede ver el rostro ensangrentado y los ojos sin vida que lo miran sin ver desde el suelo de su cocina, o al niño con el rostro pálido, paralizado, observando el rostro muerto de su madre, y la última expresión en él, no una sonrisa, ni un enfado, ni siquiera la expresión escrita por unas lágrimas; solo un último gesto de terror, congelado para siempre y sin la más mínima posibilidad de retorno. A simple vista, uno no siente la desesperación, el dolor o la escarcha que de repente envuelve a un corazón que ya no quiere seguir latiendo; uno no entiende el vacío que de pronto se instala en lo más hondo de un hombre que pierde a su hija y no puede proteger a su nieto, y ya no hay lugar para hablar de que la guerra no es necesaria, ya no hay lugar para discutir sobre quién tiene razón; en un instante, ya no hay buenos y malos, ya no hay empatía, ni comprensión, ni buenas ni malas intenciones. En un instante, lo único que puedes preguntarte es por qué a él, por qué a ti.

Cómo avanzar por un camino que ni siquiera puede ver, sin esperanza, con los recuerdos de su grito y la visión de su expresión, con sus entrañas sangrando y llorando la pérdida de lo que le daba sentido a su vida. Pero ahí, ahí en lo más profundo de esos ojos heridos, hay una pequeña luz, casi imperceptible, que solo él sabe que existe y que se niega a creer; la luz del recuerdo de tiempos dorados, en los que su mundo era mejor y en el que la sonrisa de su hija iluminaba cada día de su existencia; la luz de los ojos de su hija en los ojos de su nieto, aquel niño de seis años de edad que le acompaña unos pasos más atrás, con la piel morena como la de su madre y la expresión inocente de quien es ajeno al horror que ha vivido, porque aún no

está preparado para asimilarlo. Solo cuando se gira para coger de la mano a su nieto, muestra una calidez que parece haber perdido, paradójicamente, un ser humano caminante, con la esperanza de tener esperanza, tratando de asimilar que está vivo y muerto, muerto y vivo, con la mirada puesta en un punto fijo, allá, más allá del horizonte, donde acababa Oriente. Allí donde existen otras formas de vida y otro tipo de gente; un lugar que muchos ven como un punto de esperanza, donde quizás su nieto pueda tener la vida que se merece, lejos de la sangre, las bombas y la desolación. Así, suspira sintiendo el aire en sus pulmones, y agarrando con fuerza la manita del niño, da un paso más, decidido, dispuesto a conocer ese punto de esperanza, que todos llaman Occidente.

UN SEGUNDO

Ella se convencía de que el mundo giraba a un ritmo diferente al suyo, sumida en una frialdad que daba escalofríos, buscando la soledad en un lugar lleno de gente, añorando, a su vez, su presencia; era esa la razón por la cual sus ojos se mostraban tímidos ante sus miradas, tan transparentes como el cristal, a veces sentía que podía intuir su dolor. Una sonrisa en ellos siempre era bienvenida en ese segundo en el que su pupila solo alcanzaba a ver su pupila, y era entonces cuando notaba una calidez forastera en su interior, como un aliento reparador que daba vida a cada célula de su cuerpo, en un instante en el que estaba tan fría como las noches de un Enero, poco amigo de la primavera. Fue una mirada desconocida en un tiempo olvidado, en un rostro difuso y de ojos claros, pero ella jamás podría olvidar aquel gesto en ellos; ni el tiempo ni el espacio, ni el hecho de no recordar si era hombre o mujer, niño o niña, le impedirían guardar aquella sonrisa sin labios.

Una sonrisa sin labios que adquiriría forma de recuerdo mientras se desvanecía un segundo que ya jamás viviría, y que se mezclaba con las miles de miradas que brillaban como estrellas únicas e irrepetibles, cálidas y al mismo tiempo, tan lejanas e inalcanzables. De repente el sol no parecía tan apagado, y la lluvia ya no era tan triste; compartí mi esencia sin quererlo al ver a 4 niños jugando al escondite, y me llamó la atención el rojo de un pintalabios que había usado una mujer extraña, que se reía extraño; mis pensamientos flotaban sobre una hoja de periódico mojada, cuyas letras se mezclaban con la piedra gris de una acera casi del mismo color, oscurecida por la sombra de los grandes monstruos edificados. Y entendí los rostros malhumorados dominados por el estrés, o los impasibles adormecidos por la rutina; recordé una pesadilla que había tenido hacía un tiempo y caí en que tenía que decirles cuanto les quería; observé un alma moribunda sentada sobre un banco aún mojado, y pensé que parecía no importarle; escuché los pasos rápidos y los lentos, las conversaciones mezcladas y el ruido del plástico de las bolsas de la compra; y entonces me pregunté, qué esconderían aquellas almas alborotadoras, qué verdad se ocultaba tras sus miradas jóvenes o ancianas, ingenuas o sabias. Qué sería de aquel segundo que me hizo girar al mismo ritmo que el tuyo, qué sería de aquella mirada sonriente que se me ofreció con generosidad, sin pedir nada a cambio, sin ser consciente siquiera de su poder; aquella que me había enseñado que, tal vez, si tú también les sonríes, podrían llegar a sentir el calor del afecto humano en sus corazones, corazones que sienten fríos.